

DISCURSO

pronunciado

en la Asamblea general y pública celebrada
por la Sociedad Católica en la noche del 8 de Diciembre de 1871,

en honor de la

INMACULADA CONCEPCION DE MARIA.



SEÑOR ILLMO.,

SEÑORES:

QRATO es, gratisimo es al alma, ver á muchos hermanos reunidos bajo la misma fe y rogocijados en lo más íntimo de sus corazones, por la misma esperanza, por una causa de santa y célica alegría.

Como los antiguos árabes, nómadas del desierto, detenían sus caravanas en el océano de arena, para celebrar en el reposo la aparición de la luna nueva; así nosotros los cristianos, peregrinos errantes en el arenal estéril de la vida, deberíamos detener hoy el cansado paso de nuestra fatigosa marcha, para celebrar en la santa quietud de la contemplación, en el inefable plaacer de un sublime recogimiento la aparición

sobre el horizonte de nuestra esperanza, de esa Luna llena, precursora del Sol inmortal de gracia y de justicia.

Si habiendo cumplido con las tareas que voluntariamente nos impusimos, ya que no de una manera digna, al menos conveniente, pudiésemos descansar con una conciencia tranquila, qué grato nos sería hoy en lugar de hablar con palabras como los hombres, envolvernos la cabeza y hundidos en el silencio más profundo y en la más honda meditación, sin frases articuladas, de corazón á corazón, de espíritu á espíritu como los ángeles, exhalarnos en un himno mudo de agradecimiento, y pedir nuevas inspiraciones para mejor obrar el bien en lo futuro, á nuestra Madre querida á nuestra amorosa Madre.

Por desgracia, siervos perezosos en el servicio del Señor, mal hemos llenado la tarea que fué nos encomendada. No es fácil callemos cuando nos ahoga el remordimiento. Infieles depositarios, negociadores negligentes, en lugar de aumentarlo hemos perdido el talento que nos fué entregado para negociar con él. Quién de nosotros podrá preguntarse seriamente á sí mismo

¿qué es lo que en este año he hecho en favor de esta Sociedad Católica á la que pertenezco? sin constituirse en su propio y severo juez. Con verdad, os digo, que yo no puedo increparme con esta interrogación sin quedar profundamente disgustado de mí mismo.

Hace tres años nos reunimos bajo los más risueños augurios: todo era fervor y entusiasmo; entonces día á día se dilataba nuestra Sociedad, nuestras filas se engrosaban y, vislumbrando el porvenir á la luz fascinadora de nuestra esperanza slisonjeras, ya soñábamos volar de triunfo en triunfo hasta nuestra final victoria. ¡Qué severo, pero qué justo es el castigo de los que se olvidan de su propia miseria! Aun no han pasado cuatro años, aun no cruzan el fuego todavía ni las primeras filas y ya comenzamos á volver las espaldas y á arrojar las armas como una turba de reclutas mercenarios. Sociedad que no progresa, decae.

La Sociedad Católica ha decaído. Y no soy un imprudente al decirlo así, á la faz de propios y de extraños. La prudencia que se apoya en las reticencias y en el di-

simulo, no es una virtud cristiana. Los católicos que tenemos el derecho y el deber de la sinceridad, no tenemos otra prudencia que la verdad. Y por cierto que si nuestra falta y nuestro arrepentimiento deben ser simultáneos; si nuestra enmienda debe ser más eficaz que nuestra tibieza; poco gusto tendrán los malos en saber al mismo tiempo que nuestras negligencias, nuestros nuevos entusiasmos, y nuestros nuevos y más enérgicos fervores.

¿Y cuál es la causa de nuestra decadencia? Tenemos un camino seguro de encontrarla: buscarla todos, no en los otros, sino cada uno en sí propio. Me ha bastado examinarme á mí mismo para quedar satisfecho de haber inquirido demasiado. Escarbe cada uno en su propio pecho. Juez, juez júzgate á tí mismo.

Pero no es por cierto lo que ahora nos interesa saber la causa de nuestra decadencia, sino encontrar su remedio. Lo hay, y no local, limitado, ni interino, sino absoluto, radical y permanente, tan eficaz como sencillo, tan santo como grandioso. ¿Sabéis cuál es? ¿No lo habéis adivinado ya siendo católicos? ¡La Virgen! ¡Sí; sólo su protec-

ción será nuestro remedio, nuestra salud y nuestra gloria!

Sería un fenómeno que vendría á desmentir la historia de diez y nueve siglos el que Dios dispensara su protección á una grande empresa iniciada en su amor y para su gloria, sin dispensarla por manos de su Santísima Madre! Como Dios es tan bueno y la ama tanto, la ha hecho la Dispensadora universal de los tesoros de su misericordia y tal vez no hay gracia que no dispense por mano de Ella. Así lo cree un escritor santo; y en verdad, que el corazón nuestro, por no sé qué instinto, alcanza que tan alta y singular prerrogativa, es digno donde Dios á su Madre.

Herido en mi amor de hijo por esta consoladora verdad, vuelvo la mirada á lo pasado, con afán torno en la historia la vida á lo que fué; y encuentro regocijado en efecto, que nada hay grande en las empresas humanas sin su protección, y que el amor á Ella es como la vida y el alma de toda verdadera grandeza sobre la tierra.

Y es verdaderamente grande nuestra Sociedad Católica. Al llamarla grande, hasta

inútil me parece advertir que no le doy semejante nombre en contemplación á sus miembros, pues en este sentido no sólo es pequeña, sino mínima. Vasos frágiles, indignos instrumentos del bien, ¿qué puede producir nuestra propia pequeñez sino miseria? Grande llamo, pues, á nuestra Sociedad, y con razón, por su alteza de miras y la amplitud de sus esperanzas. No vacilaría en llamarla la postrera tabla de salvación, en la desatada borrasca de males que nos inundan en desolación y en amargura.

Si es posible contemplanla sin morir de euita, contemplemos nuestra situación horrible. La mayor moralidad, la mayor inteligencia y el mayor bienestar del mayor número de sus individuos, es lo que constituye esencialmente la felicidad de un pueblo. De diez millones de habitantes que componen nuestra población, cuatro y medio, casi cinco son de indios: y el resto de hombres, mujeres y niños, de razas diversas y de costumbres varias. No exceden de cuatrocientas mil las familias en cuyas manos están todas las propiedades urbanas y las rústicas; ellas son las solas propietarias de ciento doce mil leguas cuadradas del te-

ritorio, y las otras viven en la más abyecta ignorancia y en la miseria más profunda.

Dilapidados los bienes que aviaban antes á la agricultura y que servían para sostener y educar á los ministros del Señor, amenaza el clero extinguirse con los levitas de la generación actual; y los pueblos, privados de la palabra de vida, tornan en masa á la idolatría y se desbordan en crímenes. Todos los resortes de obediencia y de moralidad se han laxado, haciendo imposible la paz, y dejando la vida, la honra y la fortuna á merced de la fuerza.

No pueden menos de ser grandes las miras de una sociedad que en último término se propone, no por la política tan aturdida con sus propios gritos, tan ebria con sus ambiciones y codicias, tan impotente para lo bueno; sino por la idea religiosa, tan abnegada en sus medios y tan pura en sus intenciones, estampar la triunfadora cruz de Jesucristo sobre millones de frentes idólatras, fundar la obediencia civil sobre el más alto de los deberes morales, y, en una palabra, tornar la vida en nombre del Señor á un muerto, no de tres días como Lázaro,

sino á un cadáver de setenta años, como nuestra infortunada patria.

Grande es sin duda la santa empresa que esta nuestra Sociedad ha acometido. Más fenomenal sería, torno á decir, verdaderamente singular é inaudito, que la pudiese llevar á cabo felizmente sin una muy especial protección de la Virgen María, que es la raíz y coronamiento de toda grandeza humana, aun en el orden meramente terrestre, por expresarme así.

Tres superioridades existen sobre la tierra: la de la virtud, la del genio y la del poder. La riqueza no debemos contarla entre ellas, porque el oro inerte por sí mismo, no es una potencia sino en manos de la virtud, del genio, ó del poder. Pues bien, la eficacia de estas tres incontrastables soberanías del mundo, por un palpable designio de la Providencia, parece estar encomendada á la Virgen María para que ella sea su reguladora en orden al plan y la bondad de Dios, de un Dios tan infinito en su misericordia como en su sabiduría. La Devoción á la Virgen, Madre de Dios, es el alma de toda verdadera grandeza, aun en el orden no tan sólo místico y de la gracia,

sino común y profano; no sólo en el reinado de los espíritus, sino en la región de los hechos y en la esfera de los sucesos.

Esta gran verdad quiero demostrar, para que bien persuadidos de ella, comprendamos que nuestra Sociedad Católica no puede avanzar, ni elevarse á la altura de sus miras, sin un amor muy cordial á la Virgen, sin una fe muy grande y muy confiada en su protección.

Que el amor á la Madre de Dios es el alma y la vida de toda grandeza, permitidme que lo demuestre, arrancando á la historia, para arrojarlas á vuestros ojos, algunas de sus más bellas y conmovedoras páginas. Que el mayor ó menor amor á la Virgen es el termómetro de la mayor ó menor santidad del alma humana, no necesito demostrarlo, pues por una parte basta para convencerse de ello abrir al acaso el gran libro de los Santos, y por la otra, repito, que no me refiero á la grandeza de los operaciones de la gracia en nuestros espíritus, sino á la grandeza de los sucesos humanos y á la gloria de los dones de inteligencia y sentimiento, en orden á las cosas de la tierra.

Y bien; después de la virtud, ¿qué ha y,

qué puede haber en el mundo más fascinador y cuya soberanía sea más absoluta y más gozosamente reconocida que el genio? Pero la inteligencia es por sí sola como un cuerpo inerte, como un águila sin alas, cual una sombra sin vida. Si el pensamiento es su alma, la palabra es el cuerpo que le da vida perceptible. El mundo se gobierna por la opinión; la opinión se rige por las ideas; y las ideas brotan al golpe de la palabra sobre la inteligencia, como la chispa al golpe del acero sobre el pedernal. Según la bella expresión de un escritor alemán: "si el reinado del pensamiento es interminable, su ministro con alas es la palabra." La palabra es, pues, el primer soberano del mundo. ¿Pero cuál es la palabra más potente que se ha escuchado sobre la tierra, articulada por lengua de mortal?

Confieso con verdad que muchas veces me ha impresionado la elocuencia del gentilismo. Confundido he quedado al presenciar en el Pnyx de Atenas, la lucha titánica de Esquines y Demóstenes, esos dos gigantes de la tribuna antigua. Las dos arengas sobre "la Corona" me han dejado estupefacto más de una vez. Al oír al demagogo

romano pisar los umbrales del Senado y ver á Cicerón detenerlo, como con la punta de un dardo inflamado sobre la frente, con aquel "Quosque tandem Catalina" que aun está resonando en la posteridad, confieso también que se me han erizado los cabellos.

Es débil sin embargo, la férrea argumentación de Demóstenes, y pálidas las sonoras y candentes frases de Cicerón en comparación de la magia portentosa de otra palabra más brillante que la luz, y más ardiente que el fuego vivo.

Un pobre monje de Clairvaux, pronunciaba en presencia de los reyes de Francia, Luis el joven y la bella Eleonora, un sermón, aconsejando una segunda cruzada. El humilde orador no tenía otra bóveda sobre su cabeza que la del cielo; una eminencia era su tribuna; y el anfiteatro de sus numerosos oyentes sus vastas quebraduras.

Cuando aquel monje desconocido hubo pronunciado su última palabra, millares de voces, trémulas de emoción y de entusiasmo, estallaron á un tiempo gritando como frenéticos: "¡á Tierra Santa, á Tierra San-

ta, que el Señor lo quiere!" Algunos de sus oyentes se dice que marcharon rumbo á Oriente sin recibir siquiera la bendición de sus padres, el último adios de sus mujeres y sin estampar el postrer beso en la frente de sus hijos.

¿Quién era ese hombre que así arrebatava los corazones con su palabra? ¿Quién era ese monje en comparación de cuya lengua de oro eran de lodo las de Cicerón y Demóstenes? Se llamaba Bernardo y amaba á la Virgen María como un ángel; la amaba tanto y era tan amado de ella, que en la Catedral de Colonia, una estatua en mármol, representando la imagen de María le dijo una vez en voz alta y en presencia de innumerable concurso: "Dios te salve, Bernardo, hijo mio" ¡ Ahí tenéis el secreto de la más alta elocuencia que ha conocido el mundo!

Después de la inteligencia, el valor. El talento comparte con el poder el cetro del mundo. El poder se funda principalmente en la bravura del alma, y el heroísmo militar, es sin duda, su más brillante faz. ¡ Quién sabe qué tiene de sublime y de atropador el estruendo de las armas? ¡ Los re-

límpagos del acero victorioso deslumbran hasta el vértigo y fascinan hasta el delirio!

Qué hermoso es pasar el Gránico con Alejandro, y perderse entre la muchedumbre armada en las llanuras de Arbela. No pueden leerse los comentarios de César sin combatir en la Galia á su lado, pasar á Italia, triunfar en Farsalia, llegar al Africa y volar hasta España. Aturdido queda el espíritu con el cañoneo de Valmy, las victorias de Marengo y la batalla de Austerlitz. Mas aun no se ha agotado la escala del valor, aun ha habido más altos heroísmos en la guerra.

Hubo una época del mundo en que crecía y crecía la Media Luna Otomana. Los hijos del Profeta inundaban la Europa dividida, con olas triunfadoras y vivientes de barbarie y fanatismo. El gran Señor clava en Roma su mirada y bota al mar sus orgullosos bajeles, soñando en el dominio de las aguas y en las glorias del Corán. La cristiandad sobrecogida confía sus armas al joven bastardo de un gran rey. A las doce del día 5 del año de 1571 la armada cristiana divisa la escuadra de los infieles.

Sobre las aguas mismas que en otro tiempo presenciaron la sangrienta querrela en que Antonio y Octavio se disputaron el cetro del mundo, se traba ahora la tremenda lucha. La galera capitana inicia el combate. El gran Cervantes queda lisiado de un brazo al saltar de los primeros al abordaje, al horrible abordaje en que el valor busca la muerte al través de la muerte misma. Por momentos crece la batalla y la victoria está indecisa; pero al fin, ¡loado sea el Señor! la Media Luna es vencida, tintas quedan las olas en sangre de infieles é irradiá á la luz esplendorosa de la victoria el estandarte glorioso de la Virgen. Esta fué la gran epopeya de Lepanto. D. Juan de Austria, que mandaba en jefe, fué el robusto brazo del triunfo; pero Andrés Doria que mandaba el ála derecha, el ilustre almirante genovés, fué el cerebro y el corazón de esa victoria.

¿Y sabéis por ventura cuál era la tierna devoción de Andrés Doria? Rezar en su camarote el *Oficio parvo de la Virgen*. El dejó abierto su libro, cuando salió á cubierta á mandar la terrible acción, y continuó su rezo después de la victoria. ¡Ahí tenéis el

secreto de su heroísmo y de su genio! ¡No me preguntéis ya más!

Cuando Colón también, cuando ese loco sublime, ese demente de genio, perdido en el inmenso mar no encuentra la tierra que parece huir de su presencia, y acobardada la tripulación se le rebela y determina matarlo, Colón la aplaca con la majestad de su palabra, pide un nuevo término para encontrar la tierra prometida y al siguiente día la descubren en efecto sus ojos inundados de lágrimas. Colón salió de su camarote á los gritos de la tripulación rebelada para aplacarla é infundirle nuevo esfuerzo. ¿Sabéis por ventura cómo templaba ese noble anciano su fe inefable y su constancia heroica? Rezaba las "Horas de la Virgen." ¡Bástenos saber esto para comprenderlo todo!

No conozco otro capitán más ilustre, ninguno más glorioso por sus ínclitas victorias en tierra. Era soberano digno de un pueblo de héroes. Colocada su patria en medio de vecinos tan injustos como poderosos, fué la vida de ese hombre un perpetuo combate y un perenne triunfo. Le atacan los rusos de repente, vuela á encon-

trarlos, y con doce mil polacos derrota á ochenta y dos mil rusos, Los turcos sitian á Viena con tren y muchedumbre inmensos. La capital del Austria está para rendirse, cuando llega el héroe polaco en su defensa. Ve mal acampados á los sitiadores, los empuja sobre el Danubio, cae luego sobre ellos como una tempestad; y con diez y ocho mil soldados hace pedazos á trescientos mil turcos, arrancándoles sus medias lunas crinadas, sus tiendas y hasta los cadáveres de las concubinas de sus generales. Ese hombre se llamaba Juan Sobieski y jamás fué vencido.

¿Sabéis cuál era el talismán que le aseguraba siempre el triunfo? El *Ave María*, que era á la vez su grito de guerra y su himno de victoria. Del riquísimo botín que hizo sobre los turcos nada quiso para él, y se llevó tan sólo á su patria un antiguo lienzo que había encontrado enterrado al volver, en las ruinas de Wishau, y en el cual estaba estampada una imagen de la Virgen con esta inscripción: "Juan, en mi nombre vencerás." Sobieski se llamaba Juan, y al verlo gritó: "es mio;" y fué desde entonces la bandera que le dió siempre la victoria y lo acompañó en sus triunfos.

Habéis visto á María inspirar la palabra arrebatadora, el heroísmo y la constancia; esperad un momento y la veréis inspirar también el genio artístico.

¡Oh! el arte es una cosa sublime; el culto ideal de la belleza, una especie de beatitud anticipada, un mundo medio entre nuestro mundo y el paraíso. Apenas alcanzo algo más elevado que la misión de los artistas, esos sublimes sacerdotes de lo bello. El arte en último término ¿qué es? La expresión de la belleza. Y la belleza ¿qué es? San Agustín el poeta, el grande por la inteligencia y el sentimiento, la define "el esplendor del orden:" es decir, la manifestación más perceptible á nuestros limitados espíritus y más fascinadora del infinito. ¡Ah! los artistas son la raza escogida, la generación predilecta del genio, los reyes de la vasta región del sentimiento humano, coronados con diademas de fuego y que llevan cetros de flama.

Tres hombres han sido hasta ahora los soberanos ilustres del dilatado reino del arte. Miguel Angel, Rafael y Murillo. La fuerza de Miguel Angel era la composición, es decir, las escenas que representaba, las

actitudes que fingía, las figuras que agrupaba, los planos monumentales que concebía y las situaciones extremas que ideaba; Miguel Angel era, en una palabra, el Homero del arte.

Rafael fué el rey del contorno y del colorido. Sus contornos eran correctos y puros como si se dibujaran con un pincel formado con haces de luz. Su colorido era fresco, brillante y húmedo, tan palpable como la vida y palpitante como la animación. Era Rafael correcto, animado y límpido, como el Virgilio de la pintura.

Murillo no tenía contornos, ni composición ni colorido. ¿Qué tenía, pues? Creación tan sólo. Cerraba los ojos, recogía su espíritu y una imagen venía á dibujarse en su alma, tan bella y tan pura cual nunca se había dibujado ni vuelva tal vez á dibujarse en cerebro humano. Mientras Rafael era, pues, la ejecución y Miguel Angel la manifestación, Murillo fué el creador de la belleza artística. La crítica moderna con razón exclama: todos los grandes maestros han pintado imágenes, sólo Murillo ha pintado vírgenes. Con razón en su entusiasmo exclamaba un ilustre contemporáneo: si vo-

sotros llamáis á Miguel Angel y Rafael los reyes del arte, permitidme que yo llame á Murillo el Júpiter del mundo artístico. ¿Sabéis cómo murió Murillo y quién era? Al trabajar en una iglesia de Sevilla tomó una postura muy difícil, por no tenerla irreverente, y esto le ocasionó la muerte. Al pintar sus lienzos inmortales, la Madre de Dios era su inspiración; y cuántas veces conmovido ante la imagen de María empapábalos con sus lágrimas. ¡No me preguntéis ya más cómo se forman los grandes artistas!

Mil y mil ejemplos pudiera citar, pero basta ya. ¿Quién no está persuadido de que nada verdaderamente grande puede haber sobre la tierra sin el amor de María? ¿Quién no está persuadido que Ella es el alma y raíz, de toda grandeza y de toda prosperidad humanas? ¡Ay de nosotros, si dejamos de servirla! Bien podemos darnos entonces por perdidos. ¡Ay de la Sociedad Católica si deja de confiar en su poder ó de esperar en su bondad! Perdida está entonces para siempre y sin remedio.

¡Pero no, Madre nuestra! Todos te amamos y en Tí confiamos todos. Tú eres nuestra salud, nuestro poder y nuestra gloria.

Tus hijos somos y te amamos más allá de la palabra, más allá de las lágrimas; hasta el silencio, que es la última y más solemne expresión de los amores inexplicables. Todos te amamos hasta más allá del tiempo y de la vida; y por tu amor y con tu amparo daríamos sin pestañear el cuello á la cuchilla, el corazón á los garfios, á la tritura los huesos, las carnes al fuego y hasta el alma á los tormentos!

En el nombre de Dios y con su santa ayuda, éste sea nuestro lema. En nombre de María y bajo su santo amparo, ésta sea nuestra divisa. Ven ¡oh María! Pequeños somos, pero desde el abismo inmenso de nuestra nada, te invocamos también como Murillo te invocaba desde el fondo de su mísero taller y San Bernardo en las llanuras de Clermont. Ven, ¡oh! Madre en nuestra ayuda. Tú, la fortaleza de Colón perdido en el océano; Tú, á quien Sobieski invocaba entre las brumas del Danubio y las cortantes cimitarras de los turcos; Tú, á quien invocaba el bravo Doria entre el fragor horrisono, la humareda y el estruendo de Lepanto!

¡María, María! sea nuestro grito de gue-

rra y nuestro canto de victoria! ¡María!
¡María! tu nombre sea el cántico de nuestra vida y sea también nuestra última palabra al espirar!

DIJE.

